

---

# **LA MUERTE FELIZ DE JULIÁN OCÓN**

**JAVIER DARÍO RESTREPO**

Artículo extraído del libro:

**EL PERIODISMO EN ANTIOQUIA**

Selección y prólogo de

**JUAN JOSÉ HOYOS**



A sus doce años, Horacio Ocón, vivió una dramática experiencia que de una vez lo convirtió en hombre. En su pueblo, una aldea de pescadores sobre el Golfo de Morrosquillo, es considerado como un héroe. Los periodistas que han ido en su busca no han necesitado preguntar. Los habitantes de El Rincón saben desde hace dos semanas que ahora tienen un personaje para mostrar. Este es el recuento de su hazaña.

Soñó que un perro negro de ojos brillantes, como de fuego, lo perseguía. Él quería correr pero no podía, como si una fuerza invisible le atara e inmovilizara las piernas. De pronto se vió en un pozo oscuro del que no podía salir por más que agitara sus brazos como si estuviera remando de prisa para hacerle el quite al oleaje. El perro había desaparecido, pero una oscuridad espesa y sin término lo rodeaba y lo oprimía. Un grito agudo que venía desde afuera lo despertó y, aliviado, se halló en su hamaca lejos de perros negros y de túneles oscuros. "Debió ser el arroz que estaba agrio", pensó.

Una luz rojiza, de atardecer, se filtraba por entre las junturas de las cañas de que estaban hechas las paredes de su cuarto. Fue entonces cuando Julián Ocón recordó que esa noche, sin falta, tendría que ir a pescar.

Mientras amarraba la vela que se había templado con un fresco viento del nordeste, le contó el extraño sueño a su hijo Horacio, un pequeño hombrecito de doce años que invariablemente se le "pegaba" cada vez que salía de pesca. El muchacho lo oyó con esa expresión seria que siempre ponía cuando una historia le interesaba y luego, reflexivamente, concluyó que el sueño era un mal augurio y que mejor sería no salir a pescar. A él también se le había venido como una premonición, el recuerdo de la abuela que esa tarde había dicho que le daba miedo verlos salir. Pero el viejo no hizo caso: la abuela siempre decía lo mismo cuando lo veía alistando su red de nylon, los malos sueños eran cosas de la mala digestión y, además, si no salía a pescar no habría comida ni dinero al día siguiente.

Por el norte se veía un temporal lleno de malas intenciones, pero la situación no estaba como para ponerse con cálculos. Desde que el río Sinú había echado por la boca de Tinajones por allá en los años 40s, ya se sabía: todo había cambiado en este Golfo de Morrosquillo.

Por eso estaba ahí otra vez con la vela escurrida en el palo y sin avanzar un palmo. La brisa había cesado de repente y tendrían que echar canaleta parejo hasta que volviera el nordeste y

los empujara más adentro en donde otras veces había hecho buenas pescas de pargos, rubios y roncós.

Remaron en silencio un buen rato, sintiendo apenas el apagado golpeteo del agua contra los costados de la chalupa. Cuando llegó la media noche sólo tenían cinco peces que destellaban como joyas bruñidas desde el fondo de la estiba. Fue a esa hora cuando se levantó una brisa fresca que erizó la superficie del mar. El viejo se puso de pié para templar la vela en el palo, pero no pudo hacerlo porque la muerte se le había instalado en el lado izquierdo: la pierna y el brazo dejaron de obedecerle, como si de repente se hubieran convertido en extremidades de otra persona. El muchacho lo sintió quejarse y dejó a un lado el canaleta.

- ¿Qué pasa, papi?

- No siento el brazo, ni la pierna. No me sirven para nada.

- No se preocupe, lo consoló el muchacho, si se siente mal, papi, asíéntese en el plan de la chalupa.

El chico estaba pensando con el fuerte deseo de que sólo fuera un desfallecimiento momentáneo. Pero no tuvieron tiempo de comprobarlo porque de pronto se levantó una fuerte brisa y una ola que no esperaban se precipitó sobre la chalupa como una montaña oscura coronada de espumas plateadas. El muchacho apenas si tuvo tiempo de ver a su padre cuando caía por la borda, arrastrado por la fuerza de la ola que lo había golpeado de lleno cuando estaba de pie. En una reacción instintiva se arrojó al agua tras él, con una cuerda en la mano. Se la amarró a la cintura y comenzó a patear en el agua, sumergiéndose, con los ojos desmesuradamente abiertos y sintiendo en el silencio repentino del abismo submarino la palpitación acelerada de su propio corazón. No había pensado en su propio riesgo ni en la dificultad de un salvamento entre esas aguas oscuras como la tinta. Sin embargo, después de varias brazadas a tientas lo sintió ahí pegado junto a él. Tuvo la sensación de que se estaba dejando hundir, como si fuera una vieja ancla, en busca del fondo del mar. Lo agarró del suéter y ayudándose con la cuerda comenzó a subirlo antes que se le acabara la respiración. Era increíble lo poco que pesaba en el agua; como si estuviera hecho de plumas leves, igual que un gran pájaro mojado, lo sacó del agua y los dos se quedaron un rato resollando, agarrados a la quilla de la chalupa que se había volteado.

- "Saca la vela para que la chalupa se dé la vuelta" le dijo entre el ruido del agua que golpeaba implacable. Estaba ahí, agarrado con su mano derecha, el rostro lavado y el agua choreándole todavía de los cabellos que se le habían pegado al cráneo como algas oscuras.

Esta vez la trepada a la barca por la borda no fue como en tantas veces antes en que el paso del agua al interior de la chalupa se hacía de un salto, o izándose limpiamente con una flexión de los dos brazos, como si hiciera ejercicio en una barra fija. Ese pescador fuerte y brioso que nunca había admitido ayuda, ahora parecía haber envejecido dolorosamente mientras con su único brazo sano y su pierna libre trataba de ganar la borda. El muchacho intentó ayudarlo, pero ahora, fuera del agua, esa parte muerta de su padre era indócil y pesada como el plomo. Viéndolo así, mientras arrastraba la mitad de su propio cuerpo, se acordó de Pedro Blanco, el viejo pescador al que una sarda le había inmovilizado un brazo y que insistía en pescar de esa extremidad rígida como una garra embalsamada. Ganando centímetro a centímetro el viejo cayó al fin, jadeante y cubierto por un sudor helado, al fondo de la chalupa en medio de los cinco pescados que resplandecían en la estiba, milagrosamente salvados del naufragio.

El muchacho, tembloroso aún por el esfuerzo, comenzó a hacer un inventario del desastre: los remos habían desaparecido, junto con ellos la vela y la olla de la comida y el botellón de agua. Se habían salvado los pescados y una chapa. La embarcación, al garete, iba y venía entre el oleaje que en medio de la oscuridad se presentía amenazante y destructor. Lo sacaron de sus lúgubres pensamientos los gemidos de su padre que había comenzado a vomitar, apoyado sobre su brazo sano.

Entre uno y otro espasmo le dijo con voz agónica: -"Me muero, hijo, me muero."

Sólo en ese momento, ante ese hombre desgonzado y semiparalizado, el muchacho creyó que su padre se podía morir. Entonces, por un instante, dejó de ser el pequeño hombre protector de su padre y capitán prematuro de su chalupa, para volver a ser niño y se echó a llorar.

"Papi, sollozó, papi, no te vayas a morir."

Se secó las lágrimas con rabia como si con ellas perdiera autoridad, para gritar imperioso:

- "No te mueras. Si te mueres vas a dejar solos a mis hermanitos chiquitos. Tú que tanto quieres al Neco, el más chiquito, no te vayas a morir." Aun estaba convencido de que eso de morir se era un asunto que uno podía decidir de modo caprichoso. Por eso agregó: "Si tu te mueres, me mato aquí mismo."

Se quedó en silencio sintiendo cómo se mecía la chalupa, igual que una hamaca o una cuna, según el capricho de las olas. Llegó a creer que su padre dormía entre los pescados

muestrados. Al cabo de un rato largo se decidió a hablarle, temeroso de que no le fuera a responder.

- Papi, quieres que sigamos pescando?

Como volviendo de un sueño profundo oyó que le decía: no, ahora no. Y después, con esa pausa y énfasis con que se dicen las cosas definitivas, le dijo:

- "Nunca debes ser pescador. No cojas este arte que es demasiado duro. Mejor, estudia para que puedas trabajar en otra forma; pero así como yo, no."

No lo oyó hablar más. Trató de dormir, pues se sentía molido por el cansancio y por el frío.

Lo despertaron las primeras y lejanas luces del amanecer. Entonces se acercó a su padre que aún permanecía en el mismo lugar en que lo había dejado. -"Papi, papi, le dijo en un susurro como si temiera despertar a alguien más, allí en la inmensidad del mar. Levántese que ya estamos llegando."

El silencio largo y frío que siguió lo asustó. Entonces se inclinó sobre él y lo halló rígido y mojado por la brisa, con los ojos abiertos y fijos en el cielo color de plomo que se abría sobre sus cabezas. La muerte se los había vuelto azules. Intensamente azules.

Sólo en el mar, sobre una chalupa al garette, sin alimentos ni agua y, además, responsable del cadáver de su padre, Horacio Ocón González, de doce años y alumno de 4 año de primaria, se sintió el niño más desválido, solo y desdichado del mundo y comenzó a llorar a grito herido.

Todavía no había resuelto qué iba a hacer cuando vió venir a lo lejos una embarcación grande. Primero fue sólo una figura fantasmagórica que emergía de entre la neblina del amanecer. Después distinguió la proa elevada y desafiante, como inmovilizada sobre el oleaje. En su impaciencia creyó que se había detenido y comenzó a agitar un tablón. De pronto ese punto brillante e inmóvil pareció entrar en movimiento y precipitarse sobre él. Cruzó a unos pocos metros de distancia sin moderar su velocidad endemoniada y se alejó dejando la chalupa envuelta en el oleaje que agitó a su paso. Instantáneamente, y ante la inminencia de un volcamiento, se abrazó al cadáver de su padre, resuelto a impedir que el mar se lo fuera a quitar. Era su cadáver, era su padre, nadie podría arrebatarlo.

Ese pensamiento fortaleció su decisión de sobrevivir. De pronto se halló increpando a Dios con el mismo lenguaje espontáneo con que se dirigía a su padre. Sin necesidad de muchas teologías ni aspavientos, él acostumbraba hacerlo así. Cuando todos los demás interlocutores le resultaban pequeños o impotentes, Dios era el recurso. A El le podía decir todo con la seguridad de

ser escuchado en medio de un silencio comprensivo. Por eso lo retó: " Dios, ya que me lo quitaste, ahora me tienes que ayudar a llevarlo para enterrarlo y que tenga una muerte feliz."

Se sintió acompañado y decidido: él tomaría el gobierno de su chalupa. Con la chapa tomó la tabla principal de un banco que iba en la mitad de la embarcación y se fabricó un canaleta para guiar su chalupa a tierra.

Estaba remando en la misma dirección de vuelo de los alcatraces cuando vió una embarcación en el horizonte. Hoy no podría decir si aquello fue realidad o apariencia, pero un primo suyo iba ahí, de pie. Le hizo señas con el canaleta, pero él siguió de largo, sin verlo.

Debió ser al mediodía porque el sol no hacía sombra, cuando sintió más agudo que nunca el acoso del hambre y la sed: " no tenía ni agua ni comida, ya me dolía el ombligo porque yo soy herniao y el bazo me estaba doliendo. Yo dije, ojalá Dios mío me ayude."

Entonces las vió: las inconfundibles aletas triangulares que se deslizaban rompiendo las aguas en silencio. Las contó: una, dos, tres, cuatro, cinco. Su padre le había dicho que había que dejarlas pasar si uno no tenía un buen arpón en la mano y no sabía manejarlo bien. Pero esta vez las ominosas aletas tenían una definida dirección: su chalupa. Con la respiración contenida por el asombro y por el miedo las vió cruzar por un lado: las hubiera podido tocar con el canaleta. Pasaron cuatro. El quinto tiburón, el más grande de todos, se quedó dando vueltas alrededor. Cuando se acercó tanto que pensó que se proponía partir a dentelladas el casco de la chalupa, el muchacho se afirmó en el borde dispuesto a romperle el canaleta en la nariz. Alguien le había dicho que esa es la parte más sensible de estas temibles bestias marinas. Pero no podía dejar que un tiburón le arrebatara el cadáver de su padre. En ese momento vió centellear en el fondo de la estiba las escamas de uno de los peces muertos. Lo agarró y como si estuviera haciendo un lanzamiento de pitcher, arrojó el pescado lejos de la barca. El tiburón se lanzó como un rayo en su busca; pero minutos después estaba de regreso, merodeando alrededor de la chalupa. Entonces repitió la operación. Fueron cinco lanzamientos, para distraer al animal que, para alivio suyo, después de la quinta vez no regresó.

" Ves, papi, de este también nos libramos." El cuerpo de su padre yacía rígido, como un pez enorme en el fondo de la embarcación. Una vez habían llevado allí un pez grande, el de mayor tamaño jamás pescado por su padre. El asunto había dado para fiestas y comentarios en el Rincón, su pueblo, durante largo tiempo. Pero claro, nunca del tamaño de su padre.

Ese pez era más pequeño.

Había seguido canaleteando, pero sus brazos no le daban más. Decidió descansar y pensar en sus hermanos y en su madre que a esa hora estarían preguntándose, preocupados, por su suerte. Por primera vez se le ocurrió que su regreso sería triste y rodeado de llanto porque en vez de peces para comer y para vender, en su barca sólo llevaría el rígido cadáver de su padre.

Ahí fue cuando apareció la corbeta. Agitó con desesperación su canaleta hasta que vió con alivio que emparejaba con su chalupa y que por la borda le miraban asombrados los marinos.

- "Qué le pasa?" preguntaron señalando el cuerpo de su padre.

- "Está muerto."

- ¿ "Y por qué no lo echas al mar?"

- " Porque sería un cargo de conciencia. Sería como decir que yo lo maté."

- ¿ "Qué vas a hacer?"

- "Llevarlo a enterrar."

Lo subieron a bordo, le dieron bebidas, le preguntaron qué ayuda quería y, como capitán de su nave pidió que lo remolcaran hasta el Rincón.

Cuando el sol ya se ocultaba en el horizonte fondeó en el muelle del Rincón, cerca del lugar en donde su padre tendría, según su expresión, una muerte feliz.

Publicado en: *El Nuevo Siglo*, domingo 7 de junio de 1992.